

Primeros Vientos

Rosa Albina Garavito Elías

El pasado 23 de septiembre se cumplieron cuarenta años del Asalto al Cuartel de Madera, Chihuahua; asalto que abrió las puertas a los primeros vientos de la guerrilla en México. Enclavada en las faldas de la Sierra Madre Occidental, la pequeña ciudad de Madera fue escenario de la acción que dirigieron el profesor Arturo Gámiz y el Dr. Pablo Gómez. “Querían tierra, pues dénsela hasta que se harten” es la tristemente célebre expresión del entonces gobernador del estado, el Gral. Praxedes Giner Durán, durante el entierro de los ocho guerrilleros caídos en combate. Después de aquel 23 de septiembre de 1965 se generarían muchos otros movimientos armados, tanto en el campo como en las ciudades a lo largo y ancho del país. Hoy, instalados en la democracia electoral, la conmemoración de aquellos hechos constituye un serio recordatorio a la clase gobernante, sobre los riesgos que para la paz social se derivan del ejercicio del poder en beneficio de unos cuantos.

A pesar de la decisiva participación de los campesinos de Chihuahua en la revolución de 1910, para la década de los veinte, la tierra por la que lucharon se encontraba de nuevo concentrada en pocas manos. De ahí que el grupo del profesor Gámiz y del Dr. Gómez se desarrollara al calor de varias décadas de luchas agrarias por el reparto de los latifundios que muy pronto se reconstituyeron. Hay que recordar que durante el Porfiriato, el latifundio de Luis Terrazas Fuentes tenía una extensión de 2 millones, 697 mil, 954 hectáreas; por eso cuando le preguntaban si él era de Chihuahua, respondía “No, Chihuahua es mío”.

En su libro “Sueños de Libertad”, Francisco Ornelas Gómez, sobreviviente de aquel 23 de septiembre, cita que es hasta 1955 cuando el presidente Ruiz Cortines expropia las 360 mil hectáreas de George Hearst (padre del magnate del periodismo en EUA, William R. Hearst), quien era el propietario de *The Babicora Development*. Por su parte en 1952, Narciso Bassols exige la expropiación de las 776 mil 938 hectáreas de la compañía *The Palomas Land*.

Pero la resistencia de los neolatifundistas nacionales y extranjeros, era más eficaz que las esporádicas acciones del gobierno. Por eso en la década de los sesenta se intensificó el movimiento de solicitantes de tierras. La negativa a resolver sus demandas y las acciones represivas del gobierno, terminaron por radicalizar al movimiento. Otro de los sobrevivientes, Francisco Lugo, relata en su libro “El Asalto al Cuartel Madera” que fue Guadalupe Scobell, quien sin estar incorporado al grupo armado, por cuenta propia tomó la iniciativa de quemar un puente por donde pasaban los madereros con sus cargas extraídas de la sierra; “En esta ocasión, Lupito dio a conocer la acción adjudicándosela al ‘Grupo Popular Guerrillero’, de allí en adelante éste sería el nombre de nuestro grupo”. El mismo Francisco Lugo, después de sufrir junto con otros hombres, mujeres y niños, el cuarto desalojo consecutivo por el ejército a la invasión de un latifundio, frente al trato despótico de un oficial, pensó “cuál sería la actitud de este oficial si en mis manos o en las de cualquier otro compañero hubiera una ametralladora enfocándolo”.

Como la injusticia social y la ausencia de libertades no era privativa de Chihuahua, hubo muchos luchadores sociales en el país que pensaron de manera semejante a Francisco Lugo y su grupo; por ejemplo Lucio Cabañas y Genaro Vázquez. El 23 de septiembre de 1965 dejó una marca en la historia de esa generación que después se profundizó con la masacre estudiantil de 1968; mientras que el 10 de junio de 1971 simplemente confirmó lo que venía rondando en la mente de muchos: los canales para la participación política abierta y pacífica estaban totalmente cerrados, así que no había otro camino que la lucha armada. Las consecuencias de esa historia son conocidas: centenares de muertos, desaparecidos, torturados, encarcelados. Altísimos costos para que finalmente el Estado aprobara la reforma política que daría lugar a la legalización de los partidos políticos opositores.

Cuarenta años después del inicio del movimiento guerrillero en México, son muchos los avances políticos, pero también muchos los rezagos en todos los órdenes de la vida del país. Tanto, que en el trayecto surgió un nuevo movimiento armado que conmocionó a México y al mundo: la lucha por la autonomía indígena del EZLN. Por fortuna, doce días de levantamiento armado fueron suficientes para que la sociedad impusiera al gobierno la salida pacífica, y para que el EZLN depusiera las armas y aceptara dialogar. Después, otra vez la soberbia de la clase política en el poder, con el no a la autonomía

indígena. Y ahí seguimos, con una reforma del Estado que se redujo a una reforma electoral inconclusa; y con la misma política económica excluyente. Pero frente a la mala memoria del gobierno y de los partidos políticos, la ciudadanía y los movimientos sociales siguen haciendo patente que aún falta mucho camino por recorrer para alcanzar la justicia y la democracia plenas.

Por primera vez, el pasado 23 de septiembre asistí al cementerio de Madera, Chihuahua, a honrar la memoria de los ocho guerrilleros caídos en combate. Me cuentan que hace quince años, en esa fecha sólo Rosario Ibarra y algunos cercanos visitaban el lugar, siempre con fuerte vigilancia del ejército. Ahora es muy distinto. El Comité Primeros Vientos que dirige Alma Gómez, organizó varios actos a lo largo de la semana. A uno de ellos asistieron representantes del PRI, PAN y PRD; por su parte, las expresiones del gobernador actual fueron muy distintas a aquellas de “delincuentes”, “roba vacas”, y “gavilleros” que entonces se les endilgó. En la tumba, niños con uniformes de su escuela, muy atentos tomaban apuntes; mientras los vecinos del lugar participaban como si se tratase de algún evento familiar. El campo de Madera estaba cubierto por una alfombra de pequeñas flores anaranjadas. La vida rendía homenaje a quienes ofrendaron su vida por un México mejor; para que esos sacrificios jamás se repitan.

30 de septiembre del 2005